

Claire Etcherelli

# ÉLISE O LA VIDA DE VERDAD

PERIFÉRICA



**Claire Etcherelli**  
**ÉLISE O LA VIDA DE VERDAD**

TRADUCCIÓN DE CECILIA F. SANTOMÉ

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2022  
TÍTULO ORIGINAL: *Élise ou la vrai vie*  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las ayudas a la Edición convocadas por la Consejería de Cultura, Turismo y Deportes de la Junta de Extremadura.

© Éditions Denoël, 1967  
© de la traducción, Cecilia F. Santomé, 2022  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres  
[info@editorialperiferica.com](mailto:info@editorialperiferica.com)  
[www.editorialperiferica.com](http://www.editorialperiferica.com)

ISBN: 978-84-18838-47-7  
DEPÓSITO LEGAL: CC-183-2022  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

## PRIMERA PARTE

Ante todo, no pensar. Como le dicen a un herido que tiene los miembros rotos, «Ante todo, no se mueva». No pensar. Poner a raya las imágenes, siempre las mismas, las del ayer, de un tiempo que ya no volverá. No pensar. No repasar las últimas frases de la última conversación, las palabras que la separación ha vuelto definitivas; decirse que hace bueno para la estación en la que estamos, lo tarde que llegan los vecinos; extenderse en los detalles, escudriñar todo, mostrar interés por el espectáculo de la calle. Fuera, los transeúntes caminan, se cruzan, entran, salen de casa. Hay obreros que llevan su bolsita del tentempié vacía, enrollada en la mano. Los bares deben de estar llenos: a esta hora la gente suele apiñarse en ellos. Esta noche habrá mujeres que se sientan dichosas en una tierra a la deriva, en una isla flotante, en una habitación para dos. ¿Debería alejarme de la ventana?, ¿bajar? En la calle, seguramente me espere alguna aventura. Las aceras están llenas de hombres de mirada ávida. No me gustan las aventuras. Quiero subir a bordo de un barco que nunca haga escala. Eso de embarcar y desembarcar no va conmigo. Esta imagen del barco la he tomado de mi hermano, Lucien. «Te prometo un navío que trazará en medio del mar una ruta que ningún otro osará seguir.» Se lo escribió a Anna. Deben de ser las siete, hace bueno, es un mes de junio como es debido, con sus noches

cálidas, que invitan a pensar: «Por fin es verano...». La cadena se detiene a las siete. Los hombres se abalanzarán hacia los vestuarios. Empieza mi última noche aquí. Mañana dejaré la habitación. Anna vendrá a buscar la llave. Tendré que darle las gracias. A ella no le cogerá por sorpresa; nunca hace preguntas. Cuando habla, siempre lo hace en presente. Tampoco es que sea discreta o reservada, sino perfectamente indiferente. Lucien quería que fuéramos amigas, pero ella no necesita ni una confidente, ni una consejera, ni una protectora. Por lo que a mí respecta, he perdido la costumbre de serlo. A los trece años, tenía una de esas amigas que parece que son para toda la vida; a los quince, no me quedaban más que unas compañeras que cada vez eran más críticas conmigo. De todos modos, yo ya estaba volcada en Lucien. Ese año, el de mis quince, le cedí mi habitación. Hasta entonces, mi hermano había dormido en la cocina, en una cama plegable que recogíamos cada mañana. Para ganármelo, le di lo que él más anhelaba: aquel cuartito cuadrado, soleado hasta el mediodía, que daba al patio. Cuando la abuela nos vio trasladar nuestras cosas de un lado a otro, se enfadó. Para apaciguarla, le prometí que, a partir de entonces, compartiría con ella su enorme cama. Eso le gustó: le encantaba hablar por las noches, a oscuras. Un año antes de la guerra nos habíamos venido a vivir con ella, pues iba a encargarse de criarnos. En el 40, atravesábamos el pont de Pierre cuando llegaron los primeros camiones alemanes. «Los teutones», le dije a Lucien. Se quedó con el nombre, que repetía cada dos por tres. Hubo que enseñarle a olvidarlo. Era la época de la escuela. Por las noches nos peleábamos. Yo le daba una bofetada; él hacía trizas mis papeles. Dibujábamos con tiza una v en nuestros zapatos. Estábamos malnutridos. La abuela se había negado a que nos reubicaran en el campo: no quería separarse de nosotros. Tampoco nos perdimos ni un solo bombardeo

ni una sola cola delante de los ultramarinos. Cada mañana Lucien y yo salíamos juntos y, por precaución, me quedaba junto a él hasta llegar a la puerta de su colegio. Después de la guerra, yo seguía queriendo acompañarlo hasta allí. Como él caminaba rápido, yo apretaba el paso. Cruzábamos la place de la Victoire, salpicada de floristas. Cada escaparate estaba presidido por los generales victoriosos. Lucien se detenía, los miraba. Yo me paraba con él. Aguardaba ese momento para lanzarse a la carrera y perderme de vista. Me parecía cínico, astuto. Decidí que mi ejemplo sería para él la mejor de las lecciones.

Lentamente había ido cayendo en una escrupulosa y severa devoción que era la fuente de mi contento. La abuela no pintaba demasiado. Nos había enseñado las oraciones, las palabras *pecado* y *sacrificio*, pero su fe, como su filosofía de la vida, se resumía en esta frase que repetía sin cesar: «Dios Nuestro Señor tiene un cucharón, y a cada cual sirve lo suyo». Las emociones y los placeres se me habían revelado en aquellos jardines del patronato, verdes como un oasis, en los que, los jueves y los domingos, inspirado por las apacibles religiosas, se había modelado mi gusto por las flores, los tapetes bordados, la tez clara y el alma limpia.

La abuela todavía faenaba un poco en las oficinas del puerto. Su principal preocupación seguía siendo abastecerse de provisiones, que aún era complicado. Desde que tenía su habitación, Lucien se encerraba en ella cada noche. Me arrepentía de habérsela cedido. Dormir con la abuela se me hacía insoportable. A los dieciséis años, dejé el colegio y me puse a trabajar. Unos vecinos comerciantes me habían aconsejado que alquilara una máquina de escribir, que aprendiera por mi cuenta, pues las clases estaban fuera de nuestro alcance, y que me pusiera a mecanografiar manuscritos. Luego, cuando dispusiera de un poco de dinero,

podría ir mejorando. No tenía vocación ni ambición. Soñaba con sacrificarme por Lucien. Nadie me guiaba, y yo me consideraba una privilegiada en comparación con las chicas de mi barrio, que, a los quince años, iban de cabeza a la fábrica.

Por las mañanas, me ocupaba de las tareas de la casa y hacía la compra. Cuando Lucien regresaba a mediodía, me sentía orgullosa de que encontrara la mesa puesta, la casa ordenada, unos rostros serenos: imágenes todas ellas de lo que yo llamaba *el buen camino*, que se le quedarían grabadas y lo marcarían al crear en él el hábito, y luego la necesidad, de ese equilibrio.

\*

Mañana llamaré a la puerta con suavidad:

–Soy Anna.

Abriré, nos saludaremos.

–¿Se marcha? ¿Ya no necesita la habitación?

–No, he recogido todas mis cosas.

Vendrá lo más difícil: dar las gracias. Deseosas la una y la otra de no volver a vernos más, evitaremos las fórmulas largas. ¿Mencionaré a Lucien?

\*

A los catorce años, mi hermano tenía dos pasiones: su amistad con Henri –que era su pasión noble– y unos patines sobre ruedas que se calzaba nada más llegar del colegio. Durante meses, cada noche oíamos rodar los patines en la calle, yendo y viniendo por la acera.

Los domingos se levantaba temprano, desayunaba rápido, regresaba a mediodía y se marchaba de nuevo hasta la



noche, momento en que se acostaba temblando de cansancio. Una mañana, por curiosidad, me acerqué hasta la parte trasera de la place des Quinconces. La fría neblina desdibujaba el tejado de las casas, las ramas de los árboles negros tenían escarcha y las farolas aún estaban encendidas. Me preocupaba Lucien y decidí llevármelo conmigo. Lo vi a lo lejos, solo en la niebla helada, con su abrigoito beis, que le cubría nada más que los muslos, sus calcetines hasta las rodillas y los patines. Se había quitado su bufanda roja, que vi en el suelo, cerca de un árbol. Lo miré —las corvas marcadas, la piel de sus muslos desnudos enrojecida, los brazos hacia delante—, listo para lanzarse. Imaginé su felicidad; ese vagabundear en la neblina, lo agradable de la soledad, de la vida al ralenti, la sensación de recuperar la libertad, la embriaguez de correr hacia delante sin obstáculos, con los ojos humedecidos del frío, las manos heladas, los pies ardiendo. Pensé en su regreso a la cocina: la abuela tejiendo, yo enfrascada en la lectura y él yendo de aquí para allá.

Varias veces intenté acompañarlo por las tardes. Sentada entre las madres, esperaba pacientemente durante seis horas con su merienda en el regazo y siempre me encontraba a alguien a quien escuchar. Pero tuve que renunciar incluso a ese placer porque, a la vuelta, me acusaba de vigilarlo, de espiarlo, de molestarlo. Amenazaba con buscarse otro sitio, con no salir más si yo lo seguía a todas partes.

La abuela y él solían pelearse. Ella lo agobiaba con reproches insignificantes; él le respondía con insolencia. Continuó hablando de Henri durante un tiempo, pero con pudor, cambiando la voz, tímido. Esa reserva me demostró cuánto lo quería. Conocí al tal Henri un día a la salida del colegio. Siendo más mayor que Lucien, su frialdad pasaba por autoridad. Hablaba con lentitud; su voz era grave. Me intimidó mucho a pesar de tener sólo diecisiete años.

Según supe, le parecí pequeña. Es cierto: a mis veinte años, yo parecía muy joven. Estaba orgullosa de mi sosería, llevaba ropa de colores apagados y me vanagloriaba de no ser «como el resto».

–Salvo para ti, no eres extraordinaria –me dijo más tarde Lucien.

Las olimpiadas del colegio estaban a la vuelta de la esquina. Tenían lugar el último domingo de mayo. Henri, atleta consumado, preparaba la competición de gimnasia, y mi hermano esperaba ser su estrella. Ejercitaba sus músculos por la noche, cuando creía que estábamos abajo. Estaba seguro de que lo seleccionarían; me hablaba de ello, pero con distancia, como de todo lo que le gustaba. No tuvo el honor de que lo eligieran: Henri cogió a un tal Cazale, sin duda mejor que Lucien.

–Tengo que encaramarme al potro y tomar posición –admitió. Cazale salta al cable y comienza sus acrobacias. Yo estoy cerca de él y lo único que tengo que hacer es ayudarlo dos veces a enderezarse. Hago de florero. No pienso participar.

Sin embargo, aceptó. Volvía de cada ensayo insolente y afligido. No deseaba el éxito de Cazale, no quería verlo saludar entre aplausos, ver a Henri dándole palmaditas en el hombro y llevándolo a tomar algo después de la victoria.

Con su maillot azul, saltó nervioso y se quedó inmóvil sobre el potro. En el instante en que Cazale, que lo había seguido, comenzaba sus ejercicios, vimos a Lucien retroceder hasta el borde mismo de la tabla y, como si no fuera consciente del peligro, caer hacia atrás. Todo el mundo gritó y se puso en pie. Cazale bajó temblando. Lucien había ganado. Cazale no participó. Mi hermano hubo de estar tres meses encamado, con la pierna izquierda rota, una

muñeca astillada, heridas en la cabeza y en la cara. No aprobó la reválida; no volvió al colegio. Henri no vino nunca a verlo: se limitó a mandarle una tarjeta para disculparse y desearle lo mejor.

Ni cartas ni visitas: tan sólo nosotros tres. Sin más vista que la piedra de las casas de enfrente. Lucien leía. Necesitaba muchos libros. Jugaba a las damas. Fumaba. Por las mañanas, me quedaba con él. Admitió la verdad, aquel deseo rabioso suyo: que Cazale no fuera la estrella. Emocionada por aquella confidencia, no me atreví a reconvenirlo. Pasé unas semanas inolvidables. Hablaba conmigo, me llamaba si alguna lectura lo entusiasmaba, intentaba entre risas hacerme partícipe de sus gustos y de sus ideas, que a menudo me resultaban chocantes. Su cama estaba abarrotada de periódicos con el nombre en negrita de MAO-KHE. Saltaba a la vista que había habido guerra, pero a mí no me preocupaba. Él nunca abría un cuaderno; no hablaba de volver al colegio. A veces me decía: «En cuanto me cure y camine, me alisto». La abuela se ponía de los nervios, pues lo veía ya en los arrozales de Indochina (ella decía «China»). Mal curado, cojeó durante todo un invierno.

Nuestros arranques de ternura se habían terminado. No habían durado mucho. De nuevo pasaba el día encerrado y nos amenazaba a la menor reprimenda: «Si esto sigue así, me alisto...».

En la pared de su habitación, había prendido con chinchetas un mapa con banderitas minúsculas tricolores y negras. La abuela, impresionada, ya no se atrevía a decirle nada. Yo sabía que cuando salía por las noches iba a mirar los barcos, el agua y las farolas del puente que se sumergían en ella. No tenía dinero y rara vez nos lo pedía.

Dos años después del accidente, su salud seguía siendo frágil. No se alistó, no se marchó: se casó con Marie-Louise.

Cuando Lucien aparecía por la mañana, yo volvía la cabeza. Nos daba los buenos días con un gruñido. Nos odiaba por estar allí, por existir, por verlo. Habría preferido que fuéramos indiferentes, ciegas, y que su presencia en la cocina ni siquiera nos hiciera girarnos. Ya de niño, al despertarse y ver nuestras sonrisas acariciadoras, se revolvió: «No, no...».

Había que pasar por aquel momento crítico, el de su entrada, con su frialdad, ese humor de perros que tanto tardaba en sacudirse de encima. Había que evitar cometer errores, dar con el gesto y la palabra que consiguieran relajarlo. Le costaba levantarse y llevar a cabo el ritual íntimo de la mañana delante de nosotras. Me lo imaginaba saliendo sonriente de un cuarto de baño, recién aseoado. Había agotado todas las vías —la dulzura, la alegría, la chanza—, pues deseaba a toda costa hacerle agradable nuestra primera hora juntos. Dado que yo necesitaba cierta atmósfera de serenidad y de amabilidad, quería obligarlo a participar de ella.

Llegué a proponerle un empleo en las casas que me daban trabajo a mí. «Pero ¿qué...? ¡No!», me soltaba con ese desprecio propio de quienes, no habiendo trabajado nunca, se pasan la vida esperando una ocupación digna de ellos. Había una sola cosa que lo obsesionaba: su nuevo amor. Sin amigos con los que gastar ironía, hacer burlas, banalizar los primeros deseos, los impulsos y todo lo que a los dieciocho años uno quiere decir con la palabra *amor* él lo había engrandecido sobremanera, lo había sublimado. Su fecunda imaginación y la indiferencia que lo distanciaba de lo que él llamaba *el resto* lo encerraban entre

sus gruesas paredes y lo aislaban de nosotras. Al abrir las ventanas tras las lluvias de marzo, al despuntar el día, apareció Marie-Louise, con los brazos en alto, peinándose el flequillo negro. Primero una sombra, un contorno impreciso; luego, a medida que se acercaba el verano, un rostro dorado a contraluz.

La abuela se dio de bruces con ellos una tarde que estaban besándose detrás de la puerta de la entrada. Se enfadó y le aconsejó que se buscara a las chicas fuera del vecindario.

Yo inspeccionaba a menudo su habitación y su ropa, pero había un desorden tan bien organizado que podía esconder cualquier cosa sin correr ningún riesgo. El mapa de la pared estaba polvoriento. Ya no nos soportaba, nos hacía daño con sus críticas groseras y, cuando nos hablaba —lo que rara vez sucedía—, se perdía en encendidas disertaciones sobre el orgullo de ser un oprimido en aquellos tiempos.

—Sí, claro, pero tú, Lucien, haces lo que quieres. Y, hasta ahora, lo cierto es que has elegido no hacer nada.

Le daba donde le dolía. Lo veía en sus ojos. De buena gana me habría zurrado. Entonces se metía en su habitación. Frente a él, la ventana de Marie-Louise. Aplastaba la frente contra el cristal, esperaba a que ella apareciera, le hacía una seña y salía.

En Nochevieja se arregló temprano.

—¿No cenas con nosotras?

—Sí, pero antes me pasaré por casa de un amigo.

—¿Tienes un amigo?

—Pues sí, tengo un amigo.

Esperamos hasta tarde. Sin él, se diluía la alegría de las cenas especiales, el encanto de la cocina impregnada de aromas con los platos cubiertos hasta el último momento, la sorpresa escondida en el horno.

—Debe de estar con esa de enfrente —dijo la abuela.

Luego se puso a recordar a los difuntos mientras se comía la sorpresa.

En cuanto pasaron las fiestas, tomé una decisión. Fui a Saint-Nicolas y me entrevisté con el director. Lucien había cursado allí sus primeros años (la parroquia solía hacerse cargo de un huérfano en una de sus escuelas). Le expuse el caso de mi hermano. El director me escribió a los dos días y me comunicó que contrataría a Lucien a la vuelta, en enero, para supervisar las clases nocturnas. Era lo único que podía hacer; se pondría en contacto con él en breve. Cuando recibió la carta, Lucien la leyó, la releyó y se encerró en su habitación. En la mesa no dijo nada y salió como los otros días. Por la noche, le pregunté:

—¿No te ha llegado nada importante esta mañana?

Me miró con dureza.

—¡Ah!, ¿es cosa tuya? Es tu estilo, por supuesto. Pero ¿es que no podéis dejarme en paz? Si es por falta de dinero, haberlo dicho. Tengo los muelles, la fábrica...

Sin embargo, fue a trabajar.

A fin de mes, nos trajo su sobre. Lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué es? —preguntó la abuela, que lo abrió y sonrió—. ¡Los primeros cuartos que ganas!

Temiendo que fuera a ponerse tierna, Lucien se marchó.

Una noche en que, tras la cena, la abuela cabeceaba somnolienta sentada a la mesa, le había dicho:

—Mira, conozco a una chica. Tú sabes quién es. Quiero casarme. Ahora trabajo: sé lo que hago.

En un principio, ella se echó a reír, luego lo amenazó; después, le suplicó y, finalmente, un domingo recibió a Marie-Louise y a su padre. Éste nos había enumerado sus gastos, advirtiendo que no podría hacer nada por ellos. Envalentonada por esa conversación, que tenía más de pelea

que de acuerdo, la abuela había concluido: «Ya nos veremos, no estamos lejos».

\*

Aquella fue una primavera fría. El rocío del amanecer cubría de escarcha la plaza. Seguí llevando abrigo hasta mayo. Debido a los chaparrones, olía a perro mojado y pesaba, así que lo secaba poniéndolo delante de la cocina. En casa fue una época de discusiones. El frío de las mañanas, los colores apagados bajo un tibio sol, los días precipitándose bajo la pegajosa llovizna, aquel abrigo pesado que me ponía cada mañana, la hosca obstinación de Lucien, sus maneras violentas y su mutismo, el entrechocar de las agujas de ganchillo en la cocina cuando la abuela ya no sabía qué decir; nuestra impotencia, nuestra derrota, el yeso descascarillado del pasillo, que nos seguía hasta el felpudo; la puerta de la entrada, que se cerraba con una ráfaga de viento (había que llamar tres veces, soportar bajo el aguacero, responder al «¿por quién pregunta?» con la cabeza erguida; entonces, desalentada, sentía un nudo en la garganta, tenía la sensación de estar hundida en el fango y me quedaba unos segundos con la cabeza hacia atrás, los ojos arrasados de lágrimas y de lluvia, esperando una ayuda imaginaria mientras se me congelaba el cuello). Ésa fue nuestra primavera.

\*

«Construirme una vida propia y no ocuparme más de él.» Lo intenté un par de días. Lo primero era poner orden. Recolectaba mis cosas. El hecho de tocarlas y de asignarles un lugar nuevo producía el espejismo de un cambio. Sólo tenía

que ponerme a vivir esa vida. Y todo encajaba en el orden, en mi orden. Vigilaba a Lucien y sufría por él. Una noche regresó temprano, a las ocho. Los días iban alargándose; fuera aún había luz. No volvió a salir. Se sentó de espaldas a la ventana con aspecto cansado.

—¿Te agota el trabajo? —dijo la abuela—. Pues acuéstate más temprano. Mira a tu hermana: todas las noches está metida en la cama a las diez. En cualquier caso, Élise, siempre creí que te casaría antes que a tu hermano...

Suspiré. Él se me quedó mirando y de buenas a primeras me señaló la puerta de su habitación. Luego se levantó, se estiró y se metió allí sin quitarme ojo de encima. Cuando me reuní con él, se echó a reír mientras se frotaba las manos.

—¡Habla cuanto quieras! —le dijo a la abuela, fuera ya de su campo de visión.

Pero muy pronto nos sentimos incómodos al encontrarnos juntos y sin saber qué más decirnos. Por el rabillo del ojo, echó un vistazo por la ventana. Quizá ya se había hartado de mi presencia.

—Es verdad que parece cansado. ¿Es por el trabajo?

Me habló de la clase que vigilaba. Los primeros días los niños habían estado contentos. Ahora, estaban hastiados de él.

—Es oscura, triste. Desde el estrado no veo más que un trozo de cielo. Cuando estuve convaleciente después de aquello, también era lo único que veía desde esta cama. Me pasé días sin perderlo de vista. Habría podido distinguir los átomos que lo componen: tenía los ojos saturados de él.

—Eso ya es agua pasada —dije para animarlo.

—Lo sé. Y no volverá jamás. Me sentía como si estuviera encerrado en una burbuja de cristal y todo el mundo me viera, pero sin oírme. Y yo lo que quería era romper la burbuja para que alguien me escuchara.